

Algunas reflexiones sobre el yo*

Jacques Lacan

El desarrollo de sus puntos de vista sobre el yo, llevó a Freud a dos Formulaciones aparentemente contradictorias.

El yo se pone en contra del objeto en la teoría del narcisismo: el concepto de economía libidinal. Dirigir la catexia libidinal sobre el cuerpo de uno mismo lleva al sufrimiento de la hipocondría, mientras que la pérdida del objeto lleva a una tensión depresiva que puede incluso culminar en el suicidio.

Por otra parte, el yo se alía con el objeto en la teoría topográfica del funcionamiento del sistema percepción-conciencia y resiste al ello, es decir, a la combinación de pulsiones gobernadas solamente por el principio del placer.

Si hubiera una contradicción aquí, ésta desaparece cuando nos liberamos de una concepción ingenua del principio de realidad y tomamos en cuenta el hecho —a pesar de que Freud puede haber sido claro en este punto, sus afirmaciones a veces no lo eran— de que, aunque la realidad precede al pensamiento, toma diferentes formas de acuerdo a la manera en que el sujeto se maneja con ella.

La experiencia analítica imprime a esta verdad una fuerza especial para nosotros y la muestra libre de toda huella de idealismo, ya que podemos especificar concretamente las relaciones orales, anales y genitales que el sujeto establece con el mundo externo a nivel libidinal. Me refiero a la formulación expresada por el sujeto que nada tiene que ver con formas romántico-intuitivas o vitalistas de contacto con la realidad, de sus interacciones con su medio ambiente como determinadas por cada uno de los orificios de su cuerpo. Toda la

* Leído en la Sociedad Psicoanalítica Británica el 2 de mayo de 1951 y publicado en *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. XXXIV, 1953.

teoría psicoanalítica de las pulsiones instintivas se apoya en esto o se derrumba por esto.

¿Qué relación tiene el “sujeto libidinal”, cuyos vínculos con la realidad se dan en forma de una oposición entre una *Innenwelt* y una *Umwelt*, con el yo? Para descubrirla, debemos partir del hecho —demasiado dejado de lado— de que la comunicación verbal es el instrumento del psicoanálisis. Freud no lo olvidaba cuando insistía en que material reprimido tal como recuerdos e ideas, que por definición pueden retornar de la represión, deben —cuando los hechos en cuestión tuvieron lugar— haber existido en forma pasible de ser verbalizada. Al reconocer un poco más claramente la función supra-individual del lenguaje, podemos en realidad distinguir los nuevos desarrollos que son actualizados por el lenguaje. El lenguaje tiene, por así decir, una especie de efecto retrospectivo en determinar qué es en última instancia real. Una vez que se entienda esto, se desmoronarán algunas de las críticas que se han formulado a la legitimidad de las incursiones de *Melanie Klein* en áreas pre-verbales del inconsciente.

Ahora bien, la estructura del lenguaje nos da una pista acerca del funcionamiento lento del yo. Este puede ser el sujeto del verbo, o calificarlo. Hay dos tipos de expresión: una dice, “yo castigo al perro” y la otra, “el perro es castigado por mí”. Pero nótese que la persona que habla, aparezca en la oración como sujeto del verbo o calificándolo, en ambos casos se autodefine como objeto implicado en una relación de algún tipo, ya sea una relación de percepción o de acción.

¿Tales afirmaciones del yo nos dan una imagen de la relación del sujeto con la realidad?

Aquí, como en otros ejemplos, la experiencia psicoanalítica verifica en la forma más llamativa las especulaciones de los filósofos, cuando han definido la relación existencial expresada en el lenguaje como siendo de negación.

Lo que hemos podido observar es la forma privilegiada en que una persona se expresa como el yo; es precisamente eso, *Verneinung*, o negación.

Hemos aprendido a tener la suficiente certeza de que cuando alguien dice "no es así", es porque es así; que cuando dice "yo no quiero decir", sí quiere decir. Sabemos cómo reconocer la hostilidad subyacente en la mayoría de las afirmaciones "altruistas"; los sentimientos homosexuales a bajo ruido en los celos; la tensión del deseo oculto en la manifestación del horror al incesto; hemos notado que la indiferencia manifiesta puede enmascarar intenso interés latente. A pesar de que durante el tratamiento no nos encontramos directamente con la hostilidad furiosa que tales interpretaciones provocan, estamos ciertos de que nuestras investigaciones justifican el epigrama del filósofo que dijo que el lenguaje le fue dado al hombre para esconder sus pensamientos. Nuestro punto de vista es que la función esencial del yo es la del sistemático rechazo de aceptación de la realidad (*méconnaissance systématique de la réalité*), a que se refieren los analistas franceses cuando hablan de las psicosis.

Indudablemente cada manifestación del yo está compuesta igualmente de buenas intenciones y mala fe y la protesta idealista habitual contra el caos del mundo sólo delata, inversamente, la manera en que aquel que tiene que jugar un papel en él se las arregla para sobrevivir. Esta es la ilusión que Hegel señalaba como la "ley del corazón", cuya verdad sin duda aclara el problema del revolucionario de hoy que no reconoce sus ideales en el resultado de sus actos. La verdad también es obvia para el hombre que, habiendo alcanzado su plenitud y habiendo visto desmentidas tantas profesiones de fe, comienza a pensar que ha estado presente en un ensayo general para el juicio Final.

He mostrado en mis trabajos anteriores que la paranoia puede entenderse en tales términos; he señalado en una monografía que los perseguidores eran idénticos a las imágenes del ideal del yo en el caso estudiado.

Pero, recíprocamente, al estudiar el "conocimiento paranoico" fui llevado a considerar los mecanismos paranoicos de alienación del yo, como una de las precondiciones del conocimiento humano.

Son, en verdad, los celos más tempranos los que erigen el escenario en el cual nace la relación triangular entre yo, objeto y "un otro". Hay un contraste aquí entre el objeto de las necesidades del animal encarcelado en el campo de

fuerza de su deseo y el objeto del conocimiento del hombre.

El objeto del deseo del hombre, y no somos los primeros en decir esto, es esencialmente un objeto deseado por algún otro. Un objeto puede volverse equivalente a otro, debido al efecto producido por este intermediario, en hacer posible que los objetos se intercambien y comparen. Este proceso tiende a disminuir el significado especial de un objeto particular, pero al mismo tiempo permite prever la existencia de objetos sin número.

Mediante este proceso somos guiados a ver nuestros objetos como yo es identificables, teniendo unidad, permanencia y sustancialidad. Ello implica un elemento de inercia, de tal manera que el reconocimiento de objetos y del mismo yo debe sujetarse a constante revisión en un proceso dialéctico incesante.

Precisamente tal proceso estaba implícito en el Diálogo socrático: se refiriera éste a ciencias, política o amor, Sócrates enseñaba a los maestros de Atenas a transformarse en lo que debían ser mediante el desarrollo de su conocimiento del mundo y de sí mismos a través de “formas” que eran constantemente redefinidas. El único obstáculo que encontró fue la atracción del placer.

Para nosotros, preocupados en el hombre actual, es decir, con una conciencia atormentada, es en el yo donde encontramos esta inercia: la conocemos como la resistencia al proceso dialéctico del análisis. El paciente se ve hechizado por su yo, hasta el grado de provocar su ansiedad, y revela su función absurda. Este hecho nos llevó a desarrollar una técnica que sustituye las singulares desviaciones de la libre asociación por la secuencia del diálogo.

Pero, ¿cuál es la función de esta resistencia que nos obliga a adoptar tantas precauciones técnicas?

¿Qué significa la agresividad siempre dispuesta a ser descargada en el momento en que la estabilidad del sistema delirante paranoico se ve amenazada?

¿No nos estaremos refiriendo a una y la misma cosa?

Al tratar de responder profundizando en la teoría, fuimos guiados por la consideración de que pretender una comprensión más clara de nuestra activi-

dad terapéutica sería ejercerla más efectivamente, de la misma manera que ubicar nuestro papel como analista dentro de un contexto histórico definido permitiría precisar mejor el alcance de las leyes que pudiéramos descubrir.

La teoría que tenemos en mente es una teoría genética del yo. Tal teoría puede ser considerada como psicoanalítica en cuanto trata de la relación del sujeto con su propio cuerpo en términos de su identificación con una imago, que es la relación psíquica *par excellence*. En verdad, el concepto que nos hemos formado de esta relación a partir de nuestra labor analítica es el punto de partida para toda psicología científica y genuina.

Es acerca de la imagen corporal que vamos a tratar ahora. Si el síntoma histórico es una manera simbólica de expresar un conflicto entre diferentes fuerzas, lo que nos impacta es el efecto extraordinario que esta “expresión simbólica” tiene cuando produce anestesia segmentaria o parálisis muscular que no se puede atribuir a ningún agrupamiento conocido de nervios sensitivos o de músculos. Denominar estos síntomas como funcionales no es más *que* confesar nuestra ignorancia, porque siguen el patrón de una cierta anatomía imaginaria que tiene formas típicas propias. En otras palabras, la sorprendente obediencia somática que es el signo exterior de esta anatomía imaginaria, sólo se manifiesta dentro de ciertos límites. Yo enfatizaría aquí que la anatomía imaginaria a la cual hacemos referencia, varía con las ideas (claras o confusas) sobre funciones corporales que prevalezcan en una cultura dada. Todo sucede como si la imagen corporal tuviera una existencia autónoma propia, y por autónoma quiero decir aquí independiente de una estructura objetiva. Todos los fenómenos que estamos discutiendo parecen exhibir las leyes de *gestalt*; el hecho de que el pene es dominante en la modelación de la imagen corporal da evidencia de esto. Aunque pueda escandalizar a los defensores de la autonomía de la sexualidad femenina, esta dominancia constituye un hecho, hecho que no puede ser adjudicado a influencias culturales solamente.

Además, esta imagen es selectivamente vulnerable a lo largo de sus líneas de escisión. Las fantasías que nos revelan este clivaje merecen ser agrupadas bajo un término como “imagen del cuerpo en trozos y pedazos” (*imago du corps morcelé*) que es de uso corriente entre los analistas franceses. Tales imágenes típicas aparecen en sueños, del mismo modo que en fantasías. Pueden mostrar, por ejemplo, el cuerpo de la madre como teniendo una estruc-

tura tipo mosaico como la de una ventana de vidrio manchada. Más a menudo, la semejanza es con un rompecabezas, con las partes de un cuerpo humano o animal desordenadamente ubicadas. Aún más significativas para nuestro propósito son las imágenes incongruentes en las cuales extremidades desarticuladas son reordenadas como extraños trofeos; troncos cortados en rebanadas y rellenos con los contenidos más inverosímiles, extraños apéndices en posiciones excéntricas, reduplicaciones del pene, imágenes de la cloaca representada como corte quirúrgico, frecuentemente acompañada en pacientes de sexo masculino por fantasías de embarazo. Esta clase de imagen parece guardar especial afinidad con anomalías congénitas de todo tipo. Un ejemplo de esto fue el sueño de uno de mis pacientes, cuyo desarrollo yoico se había visto dañado por una parálisis obstétrica del plexo braquial izquierdo, en el cual el recto aparecía en el tórax, tomando el lugar de los vasos subclaviculares izquierdos. (Su análisis lo había decidido a emprender el estudio de medicina.)

Lo que me llamó poderosamente la atención en primer lugar, fue la fase del análisis en la cual estas imágenes aparecieron: siempre estaban ligadas a la elucidación de los problemas más tempranos del yo del paciente y con la revelación de preocupaciones hipocondríacas latentes. Estas a menudo están completamente enmascaradas por formaciones neuróticas que las han compensado en el curso del desarrollo. Su aparición anuncia una fase especial y muy arcaica de la transferencia, y el valor que les atribuimos al identificar esta fase siempre ha sido confirmado por la marcada disminución en las resistencias más profundas del paciente.

Hemos puesto algún énfasis en este detalle fenomenológico, pero no dejamos de lado la importancia del trabajo de *Schilder* sobre la función de la imagen corporal, y los extraordinarios aportes que hace sobre hasta qué grado determina la percepción del espacio.

El significado del fenómeno llamado “miembro fantasma” esta aún lejos de ser agotado. El aspecto que me parece especialmente valioso de destacar es que tales experiencias están esencialmente vinculadas a la continuación de un dolor que ya no puede ser explicado por irritación local; es como si uno tuviera un vistazo aquí del vínculo existencial de un hombre con su imagen corporal en

esta relación con un objeto tan narcisístico como es la ausencia de un miembro.

Los efectos de la leucotomía frontal sobre el hasta ahora intratable dolor en algunas formas de cáncer, el extraño hecho de la persistencia del dolor al quitar el elemento subjetivo de zozobra en tales condiciones, nos lleva a sospechar que la corteza cerebral funciona como un espejo, y que es el lugar donde las imágenes son integradas en la relación libidinal sugerida en la teoría del narcisismo.

Hasta aquí todo va bien. Sin embargo, hemos dejado de abordar el problema de la naturaleza de la imagen misma. Los hechos, sin embargo, implican la colocación de un cierto poder formativo en el organismo. Nosotros, psicoanalistas reintroducimos aquí una idea descartada por la ciencia experimental, es decir, la idea aristotélica de *Morphé*. En la esfera de las relaciones que implica la historia del individuo, sólo aprehendemos las imágenes exteriorizadas, y es ahora el problema platónico de reconocer su significado lo que requiere una solución.

A su debido tiempo los biólogos nos deberán seguir a este terreno, y el concepto de identificación que hemos elaborado empíricamente es la única llave hacia el significado de los hechos que hasta ahora han encontrado.

Es divertido, en este sentido, notar las dificultades que tienen cuando se les pide explicar la información recogida por *Harrison* en "Proceedings of the Royal Society", 1939. Estos datos mostraban que la maduración sexual de la paloma hembra depende enteramente de que vea un miembro de su propia especie, macho o hembra, a tal punto que mientras la maduración del pájaro puede ser indefinidamente postergada por la ausencia de tal percepción, a la inversa, la mera visión de su propia reflexión en un espejo es suficiente para hacerle madurar con casi la misma velocidad que si hubiera visto una paloma real.

De la misma manera hemos enfatizado la importancia de los hechos descritos por *M. Chaudn* en 1941 en el "Bulletin de la Société Entomologique de France" sobre la langosta migratoria, *schistocerca*, vulgarmente conocida como saltamontes. Dos tipos de desarrollo se ofrecen a la langosta, cuya conducta e

historia subsiguiente son completamente diferentes. Hay tipos solitarios y tipos gregarios. Estos últimos tienden a congregarse en la llamada “nube”. El problema de si se va a desarrollar hacia uno u otro de estos tipos permanece abierto hasta el segundo o tercero de los llamados períodos larvarios (intervalos entre mudas). La única condición determinante necesaria es que perciba algo cuya forma y movimiento sean suficientemente parecidos a uno de su propia especie. La simple visión de un miembro de la muy similar locusta (no gregaria) basta, mientras uno de la especie gryllus no sirve. Esto, naturalmente no puede establecerse sin una serie de experimentos de control, tanto positivos como negativos, para excluir la influencia del aparato auditivo y olfatorio del insecto, incluyendo el misterioso órgano en las patas traseras descubierto por Brunner von Wattenwyll. El desarrollo de dos tipos totalmente diferentes en cuanto a tamaño, color y forma, es decir en su fenotipo, difiriendo hasta en características instintivas como la voracidad, es determinado completamente por este fenómeno de reconocimiento. Chauvin, quien se ve obligado a admitir su autenticidad, no obstante lo hace con profundo desagrado y muestra el tipo de timidez intelectual que, entre los experimentadores, es considerada como una garantía de objetividad.

Esta timidez se ejemplifica en medicina por la prevalencia de la convicción que un hecho —un mero hecho—, vale más que cualquier teoría y es acen- tuada por los sentimientos de inferioridad que tienen los médicos cuando com- paran sus propios métodos con aquellos de las ciencias más exactas.

A nuestro modo de ver, sin embargo, son las teorías nuevas las que pre- paran el terreno para nuevos descubrimientos en ciencia, ya que no sólo posi- bilitan la mejor comprensión de los hechos, sino que permiten en primer lugar que éstos sean observados. Es menos probable entonces que se hagan encajar los hechos en forma más o menos arbitraria en una doctrina aceptada y encasillarlos allí.

Numerosos hechos de esta naturaleza han llamado ahora la atención de los biólogos, pero la revolución intelectual necesaria para su completa comprensión todavía ha de venir. Estos hechos biológicos aún eran desconocidos en 1936 cuando en el Congreso de Marienbad introduje el concepto de “estadio del espejo” como una de las etapas en el desarrollo del niño.

Hace dos años volví al tema en el Congreso de Zurich. Sólo se publicó un resumen de mi trabajo (traducido al inglés) en los “Anales” del congreso. El texto completo apareció en la “Revue Française de Psychanalyse”.

La teoría que allí adelantaba y que sometí hace tiempo a los psicólogos franceses para su discusión, trata de un fenómeno al cual le asigno doble valor. En primer lugar, tiene valor histórico ya que marca un punto de viraje decisivo en el desarrollo mental del niño. En segundo lugar, tipifica una relación libidinal esencial con la imagen corporal. Por estas dos razones el fenómeno demuestra claramente el pasaje del individuo a una etapa donde la formación más temprana del yo puede ser observada.

La observación consiste simplemente en el jubiloso interés evidenciado por el niño mayor de 8 meses al ver su propia imagen en un espejo. Este interés se ve en los juegos en los cuales el niño parece estar en interminable éxtasis cuando ve que los movimientos en el espejo corresponden a sus propios movimientos. El juego se completa con las tentativas de exploración de las cosas vistas en el espejo y de los objetos cercanos que refleja.

El carácter puramente imaginario evidenciado en un juego tan deliberado con una ilusión está cargado de importancia para el filósofo, y tanto más cuanto la actitud del niño es exactamente inversa a la de los animales. El chimpancé, en particular, es muy capaz de detectar la ilusión, porque uno lo encuentra verificando su realidad por métodos tortuosos que demuestran una inteligencia en el nivel de ejecución, que es por lo menos igual, si no superior a la del niño de la misma edad. Pero cuando ha sido desilusionado varias veces en tratar de apoderarse de algo que no está allí, el animal pierde todo interés. ¡Sería por supuesto paradójico llegar a la conclusión de que el animal es, de los dos, el mejor ajustado a la realidad!

Hacemos notar que la imagen en el espejo es invertida, y podemos ver en esto por lo menos una representación metafórica de la inversión estructural que hemos demostrado en el yo como la realidad psíquica del individuo. Pero, metáfora aparte, verdaderas inversiones especulares a menudo han sido seña-

ladas en Dobles de Fantasma (Phantom Doubles). (La importancia de este fenómeno en el suicidio ha sido señalada por *Otto Rank*.) Además, siempre encontramos el mismo tipo de inversión, si la buscamos, en aquellas imágenes oníricas que representan el yo del paciente en su papel característico; es decir, como dominado por el conflicto narcisista. Tan es así que podemos considerar la inversión del espejo como un prerrequisito para tal interpretación.

Pero otras características nos van a dar una comprensión más profunda de la conexión entre esta imagen y la formación del yo. Para entenderlas debemos colocar la imagen invertida en el contexto de la evolución de las sucesivas formas de la imagen corporal en sí por un lado, por otro debemos tratar de correlacionar con el desarrollo del organismo y el establecimiento de sus relaciones con el *Socius*, aquellas imágenes cuyas conexiones dialécticas nos son devueltas en nuestra experiencia en el tratamiento.

La esencia del asunto es esta. El comportamiento del niño frente al espejo nos parece más inmediatamente comprensible que sus reacciones en juegos en los que parece destetarse del objeto, juego cuyo significado Freud —en un relámpago intuitivo genial— describió para nosotros en *Más allá del principio de placer*. Ahora bien, el comportamiento del niño frente al espejo es tan llamativo que es inolvidable hasta para el observador menos informado, y uno se ve más impresionado cuando comprueba que esta conducta ocurre tonto en el bebe en brazos como en el niño que se mantiene de pie por uno de esos artefactos que ayudan a caminar sin serias caídas. Su júbilo se debe a su triunfo imaginario en anticipar un grado de coordinación muscular que todavía no ha logrado.

No podemos dejar de apreciar el valor afectivo que la *gestalt* de la visión de la imagen corporal completa puede asumir, cuando consideramos el hecho de que aparece en un trasfondo de trastorno orgánico, en donde todos los indicios son de que deberíamos buscar los orígenes de la imagen del “cuerpo en pedazos y trozos” (*corps morcelé*).

Aquí la fisiología nos da una pista. El animal humano puede ser considerado como un animal nacido prematuramente. El hecho de que las vías piramidales no estén mielinizadas en el momento del nacimiento, es prueba suficiente

de esto para el histólogo, mientras que un número (le reacciones posturales y reflejos satisface al neurólogo. También el embriólogo ve en la “fetalización”, para usar el término de Bolk, del sistema nervioso humano, el mecanismo responsable de la superioridad del hombre frente a otros animales, o sea, las circunvoluciones encefálicas y la expansión del cerebro anterior.

La carencia de coordinación sensoriomotriz no impide al recién nacido su fascinación frente a la cara humana casi tan pronto abre sus ojos a la luz del día, ni la demostración más clara posible de que (le todas las personas que lo rodean, él distingue a su madre.

Es la estabilidad de la posición erecta, el prestigio de la estatura, la imponencia de las estatuas, que establecen el estilo para la identificación en el cual el yo encuentra su punto de partida y dejan su huella en él para siempre.

Anna Freud ha enumerado, analizado y definido de una vez para todas los mecanismos en los cuales las funciones del yo toman forma en la psiquis. Es de destacar que estos mismos mecanismos determinan la economía de los síntomas obsesivos. Tienen en común un elemento de aislamiento y un énfasis *sobre* logros; a raíz de esto uno a menudo se encuentra con sueños donde el yo del soñador es representado como un estadio u otro lugar cerrado que se usa para competir por prestigio.

Aquí vemos el yo en su resistencia esencial al proceso evasivo de transformarse, a las variaciones del deseo. Esta ilusión de unidad, en la cual el ser humano siempre busca el autodomínio, encierra un constante peligro de volver a deslizarse en el caos desde el cual se inició; cuelga sobre el abismo de un asentimiento vertiginoso en el cual uno puede tal vez ver la esencia misma de la angustia.

No es todo, esto. Es la brecha separando al hombre de la naturaleza la que determina su falta de relación con la naturaleza, y engendra su escudo narcisístico con su cobertura nacarada sobre la cual se encuentra pintado el mundo del que está por siempre separado, pero esta misma estructura es también la visión donde se injerta sobre él su propio entorno, es decir, la sociedad de sus congéneres.

En los excelentes relatos de niños, suministrados por los observadores de Chicago, podemos calibrar el papel de la imagen corporal por las distintas maneras con que los niños se identifican con el Socius. Los encontramos asumiendo actitudes como las de amo y esclavo, o actor y audiencia. Un desarrollo de este fenómeno normal merece ser descrito por un término como el que usaron los psiquiatras franceses en la discusión de la paranoia, o sea “transitivismo”. Este transitivismo aúna en un absoluto equivalente ataque y contraataque; el sujeto aquí está en aquel estado de ambigüedad que precede a la verdad, en cuanto su yo está realmente alienado de sí mismo en la otra persona.

Deberíamos añadir que, para que tales juegos formativos tengan su efecto completo, el intervalo entre las edades de los niños a que hacemos referencia debería estar debajo de un cierto umbral, y solamente el psicoanálisis puede determinar el intervalo óptimo. El intervalo que parece hacer las identificaciones más fácilmente puede, naturalmente, en fases críticas de integración instintiva, producir los peores efectos posibles.

Tal vez no se haya enfatizado suficientemente que la génesis de la homosexualidad en un cuerpo puede a veces ser referida a la imago de una hermana mayor; es como si el varón se sintiera atraído hacia las huellas que el desarrollo superior de su hermana dejó; el efecto será proporcional al lapso durante el cual este intervalo marca el justo equilibrio.

Normalmente, estas situaciones se resuelven a través de una especie de conflicto paranoico, durante el cual, como ya he demostrado, el yo se construye por oposición.

La libido, sin embargo, ingresando en identificación narcisística, revela aquí su significado. Su dimensión característica es la agresividad.

Por cierto no debemos dejarnos engañar por similitudes verbales, creyendo, como a menudo ocurre, que la palabra “agresividad” implica nada más que la capacidad de agredir.

Cuando volvemos a las funciones concretas señaladas por estas palabras, vemos que “agresividad” y “agresión” son términos complementarios mucho más que términos mutuamente incluyentes y que, como “adaptabilidad” y “adaptación”, pueden representar a dos contrarios.

La agresividad que existe en la relación fundamental del yo con otra gente, ciertamente no está basada en la simple relación implícita en la fórmula de “los peces grandes se comen a los peces chicos”, sino en la tensión intrapsíquica que palpamos en la advertencia del asceta de que “un golpe a tu enemigo es un golpe a ti mismo

Esto es verdadero en todas las formas del proceso de negación cuyos mecanismos ocultos Freud analizó tan brillantemente. En “él me ama; yo lo odio; él no es a quien amo”, se revela la naturaleza homosexual del subyacente, “yo lo amo”. La tensión libidinal que encadena al sujeto a la constante búsqueda de una unidad ilusoria que siempre lo tienta a alejarse de si mismo, está seguramente relacionada a esa agonía de derrelicción que es el destino especial y trágico del hombre. Aquí vemos cómo Freud fue llevado hacia su concepto desviado de un instinto de muerte.

Los signos de daño duradero que esta libido negativa causa, pueden ser leídos en la cara de un niño pequeño torturado por dolores de celos, donde *San Agustín* reconoció el mal original. “Yo mismo he visto y conocido hasta un bebe envidioso; no podía hablar, pero se tornaba pálido y miraba amargamente a su hermano de crianza” (... *nondum loquebatur, et intuebatur pallidus amaro aspectu corzlactaneum suum*).

Además, todo el desarrollo de la conciencia, sólo lleva al redescubrimiento de la antinomia, por Hegel, como el punto de partida del yo. Como la bien conocida doctrina dice, el conflicto que nace de la coexistencia de dos conciencias sólo puede ser resuelto por la destrucción de una de ellas.

Pero, después de todo, es por nuestra experiencia del sufrimiento que aliviarnos en el análisis como somos guiados al terreno de la metafísica.

Estas reflexiones sobre las funciones del yo deberían, antes que nada,

alentarnos a reexaminar ciertas nociones que a veces son aceptadas sin crítica, tal como lo es la noción de que es psicológicamente ventajoso tener un yo fuerte.

En verdad, las neurosis clásicas siempre parecen ser subproductos de un yo fuerte y las grandes ordalías de la guerra nos mostraron que, entre todos los hombres, los verdaderos neuróticos tienen las mejores defensas.

Las neurosis que implican fracasos, trastornos de carácter y autocastigo obviamente están aumentando, y toman su lugar entre las tremendas incursiones que el yo hace sobre la personalidad.

Es cierto que un proceso natural de autoadaptación no decidirá por sí solo el resultado de este drama. El concepto de autosacrificio, que la escuela francesa describió como *oblativité*, como la descarga normal para la psiquis liberada por el análisis, nos parece una sobresimplificación infantil.

Porque cada día en nuestro consultorio nos vemos enfrentados con los resultados desastrosos de matrimonios basados en tal autosacrificio, de compromisos contraídos en aras de una ilusión narcisística que corrompe toda tentativa de asumir responsabilidad por otras personas.

Aquí debemos tocar el problema de nuestra propia evolución histórica que puede ser responsable tanto del empantanamiento psicológico del yo del hombre contemporáneo, como del progresivo deterioro en la relación entre los hombres y las mujeres en nuestra sociedad.

No queremos complicar las cosas alejándonos demasiado de nuestro tema central, de modo que nos limitaremos a mencionar lo que la antropología comparativa nos ha enseñado sobre las funciones en otras culturas de las así llamadas “técnicas corporales”, con relación a las cuales el sociólogo *Mauss* ha sugerido un estudio más exhaustivo. Estas técnicas corporales pueden ser halladas por doquier; podemos verlas manteniendo los estados de trance del individuo como también las ceremonias grupales; funcionan en los rituales momos y ordalías de iniciación. Tales ritos a nosotros nos parecen un misterio ahora; nos asombra de que manifestaciones que entre nosotros serían consideradas como patológicas, tengan en otras culturas, función social de promover la estabilidad mental, y deducimos que estas técnicas ayudan al

individuo a atravesar las fases críticas del desarrollo que son un obstáculo para nuestros pacientes.

Puede muy bien ser que el complejo edípico, piedra angular del análisis, que tiene un papel tan esencial en el desarrollo psicosexual normal, represente en nuestra cultura las reliquias de las relaciones por medio de las cuales comunidades anteriores a la nuestra, pudieron asegurar por siglos la interdependencia psicológica mutua necesaria para la felicidad de sus miembros.

La influencia formativa que hemos aprendido a detectar en los primeros intentos de someter los orificios del cuerpo a cualquier forma de control, nos permite aplicar este criterio al estudio de las sociedades primitivas; pero el hecho de que en estas sociedades no encontremos casi ninguno de los trastornos que dirigieron nuestra atención a la importancia del control temprano, debería alertarnos ante la aceptación sin cuestionamientos de conceptos como el de Kardiner sobre la “estructura básica de la personalidad”.

Tanto las enfermedades que tratamos de aliviar como las funciones que somos llamados a asumir continuamente en la sociedad como terapeutas, parecen implicar la emergencia de un nuevo tipo de hombre: *Homo psychologicus*, el producto de nuestra edad industrial. Las relaciones entre este *Homo psychologicus* y las máquinas que usa es muy llamativa, especialmente en el caso del automóvil. Tenemos la impresión de que la relación con esta máquina es tan íntima que es casi como si los dos estuvieran verdaderamente amalgamados

—los defectos mecánicos y fallas del auto a menudo son paralelos a sus síntomas neuróticos—. Su importancia emocional para él proviene del hecho que exterioriza la caparazón protectora de su yo, como también, la falla de su virilidad

Esta relación entre hombre y máquina vendrá a ser regulada por medios psicológicos y psicotécnicos; esta necesidad se volverá cada vez más imperiosa en la organización de la sociedad.

Si, en contraste con estos procedimientos psicotécnicos, el diálogo psicoanalítico nos permite re-establecer una relación más humana, la forma de este

diálogo, ¿no está determinada por una inmovilidad, es decir, por la resistencia del yo?

En verdad, no es este diálogo aquel en que el que sabe admite por su técnica que puede liberar a su paciente de las cadenas de su ignorancia sólo dejándolo hablar?

Jacques Lacan

Traducido por Dora Steiner de Gulart